

# The Monuments Men

Novela

## LOS PROTAGONISTAS



**Mayor Ronald Edmund Balfour, 1.º Ejército canadiense.** Edad en 1944: 40 años. Lugar de nacimiento: Oxfordshire, Inglaterra. Historiador de la Universidad de Cambridge, Balfour era lo que los británicos llaman un *gentleman scholar*, un caballero académico: un soltero entregado a la tarea intelectual sin ambiciones de honores ni de cargos. Protestante abnegado, empezó su carrera en el campo de la historia para pasarse luego a los estudios eclesiásticos. Su más preciada posesión era su inmensa biblioteca personal.



**Soldado Harry Ettlinger, 7.º Ejército estadounidense.** Edad: 18 años. Lugar de nacimiento: Karlsruhe, Alemania (emigrado a Newark, Nueva Jersey). Judío alemán, Ettlinger escapó con su familia de la persecución nazi en 1939. Llamado a filas tras finalizar estudios secundarios en Newark en 1944, el soldado Ettlinger pasó buena parte de su servicio encallado en la burocracia castrense hasta encontrar destino por fin en mayo de 1945.



**Capitán Walker Hancock, 1.º Ejército estadounidense.** Edad: 43. Lugar de nacimiento: San Luis, Missouri. Escultor de renombre, Hancock había sido galardonado con el prestigioso Premio de Roma antes de la guerra y diseñó la Medalla del Aire del Ejército en 1942. Afectuoso y optimista, escribía con frecuencia a su esposa, Saima Natti, con la que se había casado apenas dos semanas antes de zarpar para Europa. Solía decir que le agradaba el trabajo y que su sueño era una casa con estudio en Gloucester, Massachusetts, donde él y su mujer pudieran vivir y trabajar.



**Capitán Walter Huchthausen, *Hutch*, 9.º Ejército estadounidense.** Edad: 40. Lugar de nacimiento: Perry, Oklahoma. Hutch, un atractivo soltero de aspecto juvenil, era arquitecto en ejercicio y profesor de diseño en la Universidad de Minnesota. Destinado principalmente en la ciudad alemana de Aquisgrán, tuvo a su cargo buena parte de la sección noroeste del país.



**Jacques Jaujard, director de los museos nacionales de Francia.** Edad: 49. Lugar de nacimiento: Francia. Como director de los museos nacionales franceses, Jaujard era responsable de la seguridad de las colecciones de arte públicas de Francia durante la ocupación alemana, de 1940 a 1944. Fue el jefe, mentor y confidente de la otra gran heroína del mundo cultural francés, Rose Valland.



**Soldado de primera clase Lincoln Kirstein, 3.º Ejército estadounidense.** Edad: 38. Lugar de nacimiento: Rochester, Nueva York. Kirstein fue un empresario cultural y mecenas. Hombre brillante pero de carácter inestable y tendencias depresivas, fue cofundador del legendario Ballet de la Ciudad de Nueva York y se lo considera una de las figuras capitales de su generación dentro del mundo de la cultura. No obstante, era uno de los miembros de menor rango del MFAA, donde ejercía de ayudante del capitán Robert Posey.



**Capitán Robert Posey, 3.º Ejército estadounidense.** Edad: 40. Lugar de nacimiento: Morris, Alabama. Posey creció en una pobre granja de Alabama y se licenció en arquitectura por la Universidad de Auburn gracias a una beca del Cuerpo de Instrucción de Oficiales en la Reserva (ROTC). El solitario de la MFAA se sentía profundamente orgulloso del 3.º Ejército y su legendario comandante, el general George S. Patton Jr. Escribía con frecuencia a su esposa, Alice, y a menudo enviaba postales y recuerdos a su hijo, el pequeño Dennis, al que llamaba *Woogie*.



**Subteniente James J. Rorimer, zona de comunicaciones y 7.º Ejército estadounidense.** Edad: 39. Lugar de nacimiento: Cleveland, Ohio. Rorimer, el niño prodigio de los museos, fue nombrado conservador del Museo Metropolitano de Arte de Nueva York (Met) siendo aún muy joven. Especializado en arte medieval, desempeñó un papel clave en la reunión de las colecciones medievales del Met, los Claustros, con la ayuda del gran mecenas John D. Rockefeller Jr. Destinado en París, su férrea determinación, su voluntad de oposición al sistema y su amor por Francia le valieron el aprecio de Rose Valland. Su relación tendría una importancia crucial en la carrera por los tesoros ocultos de los nazis. Casado con una colega del museo, Katherine, su hija Anne nació encontrándose de servicio; no pudo verla durante más de dos años.



**Teniente George Stout, 1.º y 12.º Ejércitos estadounidenses.** Edad: 47. Lugar de nacimiento: Winterset, Iowa. Figura destacada en el por entonces desconocido mundo de la conservación artística, Stout fue uno de los primeros estadounidenses en comprender la amenaza que los nazis representaban para el patrimonio cultural europeo y presionó a la comunidad museística y al ejército para que crearan un cuerpo profesional destinado a la conservación de obras. Como oficial de campo, fue el especialista de referencia para el resto de integrantes de la MFAA del norte de Europa, además de amigo y modelo de conducta indispensable. Pulcro y educado, exigente y meticuloso, Stout, veterano de la primera guerra mundial, dejó atrás a su mujer, Margie, y un hijo pequeño. Su hijo mayor sirvió en la Marina estadounidense en el Pacífico.



**Rose Valland, conservadora temporal del Jeu de Paume.** Edad: 42. Lugar de nacimiento: Saint-Étienne-de-Saint-Geoirs, Francia. Rose Valland, mujer de medios modestos criada en la Francia rural, fue la más peculiar de las heroínas de la cultura francesa. Trabajaba como voluntaria no remunerada en el museo del Jeu de Paume, adyacente al Louvre, cuando empezó la ocupación alemana. Mujer sencilla pero decidida, de aspecto y talante

discretos, se congració con los nazis en el Jeu de Paume y, sin que éstos lo supieran, espío sus actividades durante los cuatro años que duró la ocupación. Tras la liberación de París, la envergadura y la importancia de sus informaciones, custodiadas con tesón, fueron fundamentales de cara al descubrimiento de obras de arte sustraídas en Francia.

SECCIÓN

I

---

## LA MISIÓN

1938-1944

«Nos queda un largo camino por delante. Encontraremos a quienes sean capaces de cumplir, tan cierto como que el sol sale todos los días. Quienes falsean su reputación, abundan en discursos ingeniosos y banales y buscan deslumbrar a base de apariencias serán descubiertos y arrojados por la borda. Un liderazgo firme [...] y una determinación férrea para encarar el desaliento, el riesgo y las avalanchas de trabajo sin pestañear serán siempre los atributos de quien se halle al mando de una unidad con vocación de triunfo. Deberá tener, además, una buena imaginación; de continuo me llevo las manos a la cabeza al ver cuán poco abunda la imaginación. [...] Por último, deberá ser capaz de olvidarse de sí mismo y de su suerte personal. Ya he relevado a dos oficiales por no preocuparse más que de ‘injusticias’, ‘atropellos’, ‘prestigio’ y... ¡por el amor del cielo!»

Comandante supremo Dwight David Eisenhower, en una carta al general Vernon Prichard, 27 de agosto de 1942

«Creo que si al principio obtuvimos resultados, fue porque nadie nos conocía y nadie nos molestaba; y porque no teníamos dinero.»

John Gettens, Departamento de Conservación del Museo Fogg, describiendo los avances científicos realizados con George Stout, 1927-1932

## LOS HOMBRES DE MONUMENTOS

Los hombres de Monumentos fueron un grupo de hombres y mujeres de trece países, de quienes la mayoría prestaron servicio como voluntarios en la recién creada sección de Monumentos, Bellas Artes y Archivos, o MFAA. La mayor parte de los voluntarios de primera hora contaban con experiencia como directores de museo, conservadores, estudiosos y profesores de arte, artistas, arquitectos y archiveros. La descripción de su trabajo era bien simple: salvar cuanto fuera posible del legado cultural europeo mientras durasen las hostilidades.

La creación de la sección MFAA fue un experimento que hizo historia. Por vez primera, un ejército marchaba a la guerra procurando reducir al mínimo posible los estragos culturales, aun careciendo de medios de transporte, pertrechos, personal o precedentes históricos. A primera vista, los hombres a quienes se encomendó esta misión tenían bien poco de héroes. Los primeros sesenta que sirvieron en los campos de batalla del norte de África y Europa hasta mayo de 1945, la primera etapa que cubre esta historia, eran en su mayoría personas de mediana edad, sobre la cuarentena. El mayor de ellos, un «viejo e indestructible»<sup>1</sup> veterano de la primera guerra mundial, contaba sesenta y seis años; sólo cinco estaban entre los veinte y los treinta. Los más tenían familia y un buen empleo, pero todos *eligieron* unirse a la causa bélica ingresando en la sección de Monumentos, Bellas Artes y Archivos y luchando y dando la vida por aquello en lo que creían. Es para mí un orgullo presentárselos al lector y narrarle, lo mejor que sepa, sus formidables hazañas.

## CAPÍTULO 1

### FUERA DE ALEMANIA

Karlsruhe, Alemania  
1715-1938

La ciudad de Karlsruhe, en el suroeste de Alemania, fue fundada en 1715 por el margrave Carlos Guillermo de Baden-Durlach. Cuenta la leyenda local que un día, caminando por los bosques, Carlos Guillermo se quedó dormido y soñó con un palacio rodeado por una ciudad. En verdad, si abandonó su residencia de Durlach fue por enfrentamientos con las gentes del lugar. Con todo, el optimismo de Carlos Guillermo mandó disponer su nuevo asentamiento en forma de rueda, con el palacio en el centro y treinta y dos carreteras partiendo de éste a modo de radios. Como en el sueño, la ciudad empezó a florecer en torno al palacio.

Confiado en que la nueva ciudad no tardaría en prosperar y convertirse en potencia regional, Carlos Guillermo invitó a todo el mundo a instalarse donde más le pluguiera, sin distinciones de raza o credo. Extraño privilegio, sobre todo para los judíos, que en buena parte de Europa oriental se veían obligados a vivir en núcleos segregados. En 1718 se estableció una congregación judía en Karlsruhe. En 1725, un mercader judío de nombre Seligmann llegó allí procedente de Ettlingen, ciudad vecina donde su familia había vivido desde el año 1600. Seligmann logró medrar en Karlsruhe, acaso porque las primeras leyes antijudías no se promulgaron hasta 1752, cuando por fin la ciudad se vio a sí misma como po-



tencia regional. Hacia 1800 los habitantes de Alemania fueron obligados por ley a adoptar un apellido, y los descendientes de Seligmann tomaron el de Ettlínger, en recuerdo de su ciudad de origen.

Kaiserstrasse es la calle principal de Karlsruhe, y en ella los Ettlínger abrieron en 1850 un comercio de ropa para mujeres: Gebrüder Ettlínger. Por entonces a los judíos les estaba vetado poseer tierras de labranza. Las profesiones liberales, como la medicina y las leyes, y el funcionariado eran accesibles, pero también abiertamente discriminatorias, mientras que los gremios, como el de plomeros o el de carpinteros, les negaban el ingreso. De aquí que muchas familias judías optaran por abrir pequeños comercios. Gebrüder Ettlínger quedaba a dos manzanas del palacio, y hacia finales de la década de 1890 se convirtió en uno de los comercios de moda de la región por encontrarse entre sus clientas una descendiente de Carlos Guillermo, la gran duquesa Hilda de Baden, esposa de Guillermo II de Baden. Hacia 1900 la tienda ocupaba cuatro pisos y contaba con cuarenta empleados. La duquesa perdió su posición en 1918, de resultas de la derrota alemana en la primera guerra mundial, pero esta pérdida no hizo mella en la fortuna de la familia Ettlínger.

En 1925, Max Ettlínger se casó con Suse Oppenheimer, hija de un comerciante de textiles al por mayor de la vecina ciudad de Bruchsal cuya principal fuente de ingresos provenía del suministro de telas para uniformes de empleados del gobierno, como policías y agentes de aduanas. Las raíces de los Oppenheimer, también judíos, se remontaban a 1450, y éstos eran conocidos por su integridad, generosidad y filantropía. La madre de Suse había ocupado, entre otros, el cargo de presidenta local de la Cruz Roja. De modo que cuando en 1926 nació el primogénito de Max y Suse, Heinz Ludwig Chaim Ettlínger, al que llamaban Harry, la familia no sólo gozaba de una posición económica privilegiada, sino que su buena reputación estaba consolidada en toda la zona de Karlsruhe.

Como los niños viven en un mundo aislado, el pequeño Harry creía que la vida había sido siempre como él la conocía. No tenía amigos gentiles, pero tampoco sus padres, por lo que eso nada tenía de extraño. Conocía a los gentiles de verlos en la escuela y en los parques, y aunque el trato con ellos era cordial, en el fondo se daba cuenta de que, por alguna razón, él era distinto. Ignoraba que el mundo se encaminaba hacia una crisis económica y que los tiempos difíciles propician reproches y acusaciones. En privado, los padres de Harry estaban cada vez más preocupados, no sólo por la situación económica, sino también por la creciente oleada de nacionalismo y antisemitismo. Harry lo único que veía era que la línea entre él y el mundo exterior de Karlsruhe era cada vez más visible y difícil de cruzar.

En 1933, con siete años, a Harry se le prohibió la entrada en la asociación deportiva local. En verano de 1935, su tía abandonó Karlsruhe para instalarse en Suiza. Cuando Harry empezó quinto curso pocos meses después, de cuarenta y cinco alumnos, en su clase sólo había otro que fuera judío. Su padre era un veterano condecorado de la primera guerra mundial y había sido herido de metralla en las afueras de la ciudad francesa de Metz, razón por la que Harry quedó temporalmente excluido de las leyes de Núremberg de 1935, en aplicación de las cuales los judíos habían de ser desprovistos de la nacionalidad alemana y, por ende, de la mayor parte de sus derechos. Obligado a sentarse en la última fila, las notas de Harry bajaron de forma notable. Y no por ostracismo o intimidaciones —que las hubo, si bien Harry nunca recibió palizas ni abusos físicos por parte de sus compañeros de clase—, sino por los prejuicios de sus profesores.

Dos años más tarde, en 1937, Harry se cambió a una escuela judía. Poco después, él y sus dos hermanos pequeños recibieron un regalo sorpresa: bicicletas. Gebrüder Ettlínger había ido a la bancarrota por culpa del boicot a los negocios regentados por judíos, y su padre había entrado a trabajar con el abuelo Oppenheimer en la empresa textil. Harry

aprendió a montar en bicicleta para poder moverse por Holanda, adonde la familia esperaba trasladarse. La familia de su mejor amigo planeaba emigrar a Palestina. De hecho, casi todos los conocidos de Harry estaban intentando salir de Alemania. Poco después se supo que la solicitud de los Ettlinger había sido denegada. No iban a ir a Holanda. Poco después, Harry tuvo un accidente con la bicicleta; el hospital también se negó a admitirlo.

En Karlsruhe había dos sinagogas, y los Ettlinger, sin ser practicantes asiduos, frecuentaban la menos ortodoxa. La sinagoga de Kronenstrasse era un edificio centenario y espacioso de rica decoración. El centro de oración se elevaba hasta una altura de cuatro pisos en una serie de cúpulas ornamentadas —cuatro pisos era la altura máxima permitida, pues ningún edificio de Karlsruhe podía superar a la torre del palacio de Carlos Guillermo—. Los hombres, vestidos con traje y sombrero de copa negros, ocupaban los largos bancos de la sección inferior. Las mujeres se sentaban en los palcos de la parte superior. A su espalda, el sol penetraba a través de los amplios ventanales y bañaba la estancia con su luz.

Los viernes por la noche y los sábados por la mañana, Harry podía observar a la congregación desde su puesto en la galería del coro. La gente a la que conocía se fue marchando, obligada a expatriarse debido a la pobreza, la discriminación, la amenaza de la violencia y un gobierno que promovía la emigración como mejor «solución», tanto para los judíos como para el Estado alemán. Aun así, la sinagoga estaba siempre llena. A medida que el mundo les daba la espalda —económica, cultural, socialmente—, los judíos acudían a la sinagoga en busca de la tolerancia que el exterior les negaba. No era extraño ver a quinientas personas reunidas en el templo, cantando juntas y rogando por la paz.

En marzo de 1938, los nazis se anexionaron Austria. La adulación general subsiguiente fortaleció el poder de Hitler y reforzó la ideología del «*Deutschland über alles*» («Alemania por encima de todo»). Según el Führer, estaba formándose un

nuevo imperio alemán que duraría mil años. ¿Imperio alemán? ¿Alemania por encima de todo? Los judíos de Karlsruhe creían que la guerra era inevitable. No sólo contra ellos sino contra toda Europa.

Un mes después, el 28 de abril de 1938, Max y Suse recorrieron en tren los ochenta kilómetros que había hasta Stuttgart para personarse ante el consulado estadounidense. Habían solicitado permiso para emigrar a Suiza, Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos, pero todas las solicitudes habían sido rechazadas. Aquélla no era una visita para solucionar papeles sino para hallar respuesta a unas cuantas preguntas, pero el consulado era un hervidero de gente y reinaba la confusión. La pareja fue de despacho en despacho, sin saber a dónde iban ni para qué. Hicieron preguntas y rellenaron formularios. Días después recibieron una carta. La solicitud para emigrar a Estados Unidos estaba en fase de tramitación. Según se sabría después, el 28 de abril fue el último día que Estados Unidos aceptó peticiones de emigración; todo aquel misterioso papeleo era la solicitud. Los Ettliger tenían vía libre.

Pero antes Harry tenía que celebrar el Bar Mitzvá. La ceremonia estaba prevista para enero de 1939, luego la familia se pondría en camino. Harry se pasó el verano estudiando hebreo e inglés mientras las propiedades de la familia iban desapareciendo. Algunas fueron enviadas a amigos y parientes, pero el grueso de sus objetos personales se embalaron para enviarlos a Norteamérica. A los judíos no se les permitía sacar dinero del país —lo cual convertía en superflua la tasa del cien por cien sobre el valor de los envíos destinada al Partido Nazi—, pero todavía podían conservar algunas de sus posesiones, privilegio que les sería retirado a finales de año.

En julio, la ceremonia del Bar Mitzvá de Harry se adelantó a octubre de 1938. Envalentonado por su éxito en Austria, Hitler había anunciado que si los Sudetes, una pequeña franja de territorio unida a Checoslovaquia tras la primera guerra mundial, no eran entregados a Alemania, el país iría a

la guerra. El pronóstico era de lo más sombrío. La guerra no sólo parecía inevitable sino inminente. En la sinagoga, los rezos por la paz se hicieron más frecuentes y desesperados. En agosto, los Ettlinger adelantaron otras tres semanas la fecha del Bar Mitzvá de su hijo y su salida de Alemania.

En septiembre, Harry, de doce años, y sus dos hermanos recorrieron veinticinco kilómetros en tren hasta Bruchsal para visitar a sus abuelos por última vez. El negocio textil se había hundido y sus abuelos estaban a punto de trasladarse a la cercana ciudad de Baden-Baden. La abuela Oppenheimer preparó un almuerzo sencillo para los muchachos. El abuelo Oppenheimer les enseñó una última vez unas cuantas piezas selectas de su colección de grabados. Era un estudiante del mundo y un modesto mecenas. Su colección se componía de casi dos mil grabados, sobre todo ex libris y obras de impresionistas alemanes menores activos entre 1890 y la primera década del siglo xx. Una de las mejores era un grabado realizado por un artista local del autorretrato de Rembrandt expuesto en el museo de Karlsruhe. El cuadro era una de las joyas de la colección del museo. El abuelo Oppenheimer solía detenerse a admirarlo en sus frecuentes visitas al museo con ocasión de conferencias y reuniones, aunque por entonces llevaba cinco años sin verlo. Harry no lo había visto nunca, pese a haber vivido toda la vida a cuatro manzanas de distancia. En 1933, el museo había cerrado sus puertas a los judíos.

Finalmente, el abuelo Oppenheimer guardó los grabados y se volvió hacia un globo terráqueo.

—Pronto, niños, seréis norteamericanos —les dijo con tristeza—, y vuestro enemigo —añadió girando el globo y colocando el dedo no sobre Berlín sino sobre Tokio— será Japón.<sup>1</sup>

Una semana después, el 24 de septiembre de 1938, Harry Ettlinger celebraba el Bar Mitzvá en la magnífica sinagoga de Kronenstrasse. El servicio duró tres horas y durante éste Harry se puso en pie para leer los pasajes de la Torá en hebreo antiguo, como se viene haciendo desde hace milenios. La si-

nagoga estaba al límite de su capacidad. La ceremonia conmemoraba su paso a la edad adulta, sus esperanzas de futuro, pero para muchos la posibilidad de seguir viviendo en Karlsruhe parecía haberse desvanecido. No había empleo, la comunidad judía padecía el rechazo y el acoso, y Hitler había retado a las potencias occidentales que osaran oponersele. Terminada la ceremonia, el rabino se llevó aparte a los padres de Harry y les dijo que no perdieran tiempo, que no partieran al día siguiente sino esa misma tarde, en el tren de la una para Suiza. Los padres estaban desconcertados. El rabino les aconsejaba viajar en sabbat, el día de descanso. Era algo inaudito.

Las diez calles de vuelta a casa se les hicieron interminables. El almuerzo de celebración, durante el cual comieron emparedados fríos, transcurrió con calma en el apartamento casi vacío. Los únicos invitados eran los abuelos Oppenheimer, la otra abuela de Harry, Jennie, y la hermana de ésta, la tía Rosa, que habían ido a vivir con la familia tras el cierre de Gebrüder Ettlinger. Cuando la madre de Harry le comunicó al abuelo Oppenheimer lo que el rabino les había aconsejado, el veterano del ejército alemán se acercó a la ventana, echó un vistazo a Kaiserstrasse y vio a docenas de soldados paseándose con sus uniformes.

—Si la guerra fuera a empezar hoy —dijo el astuto veterano—, todos estos soldados no estarían en la calle sino en los cuarteles. La guerra no va a empezar hoy.<sup>2</sup>

El padre de Harry, también él un orgulloso veterano del ejército alemán, asintió. La familia no partió esa tarde, sino a la mañana siguiente, a bordo del primer tren con destino a Suiza. El 9 de octubre de 1938 desembarcaron en el puerto de Nueva York. Justo un mes después, el 9 de noviembre, los nazis aprovecharon el asesinato de un diplomático para precipitar la cruzada contra los judíos alemanes. Durante la *Kristallnacht*, la noche de los cristales rotos, se destruyeron más de siete mil negocios judíos y doscientas sinagogas. Los varones judíos de Karlsruhe, entre ellos el abuelo Oppenhei-

mer, fueron capturados e ingresados en el cercano campo de internamiento de Dachau. La magnífica sinagoga centenaria de Kronenstrasse, donde sólo unas semanas antes Heinz Ludwig Chaim Ettlinger había celebrado el Bar Mitzvá, fue quemada hasta los cimientos. Harry Ettlinger fue el último muchacho que celebró la ceremonia del Bar Mitzvá en la vieja sinagoga de Karlsruhe.

Esta historia, sin embargo, no trata de la sinagoga de Kronenstrasse, ni del campo de internamiento de Dachau, ni siquiera del Holocausto judío. Trata de otro de los actos de negación y agresión perpetrados por Hitler contra los pueblos y naciones de Europa: la guerra contra su cultura. Cuando el soldado del ejército estadounidense Harry Ettlinger volvió por fin a Karlsruhe, no fue en busca de familiares perdidos ni de los restos de la comunidad, sino para investigar el destino de otro legado arrebatado por el régimen nazi: la preciada colección de arte de su abuelo. Por el camino habría de descubrir, enterrado a ciento ochenta metros bajo tierra, algo que siempre había conocido pero que jamás había esperado ver: el Rembrandt de Karlsruhe.

## CAPÍTULO 2

### EL SUEÑO DE HITLER

Florenca, Italia

Mayo de 1938

A principios de mayo de 1938, pocos días después de que los padres de Harry Ettlinger rellenaran por accidente las solicitudes para emigrar a Norteamérica, Adolf Hitler realizó uno de sus primeros viajes fuera de Alemania y Austria. El viaje era una visita de Estado a Italia, para reunirse con su aliado fascista Benito Mussolini.

Roma, con su vastedad, su monumentalismo y la fragancia imperial de sus mastodónticas ruinas, debió de ser sin duda una lección de humildad. Al lado de su esplendor —no de su esplendor de entonces, sino de los vislumbres de la antigua Roma—, Berlín no parecía más que un acuartelamiento de provincias. Roma era lo que Hitler quería para la capital alemana. Llevaba años avanzando hacia la conquista, planeando el sometimiento de Europa, pero Roma despertó en él la idea del *imperio*. Desde 1936, venía discutiendo con su arquitecto de confianza, Albert Speer, un plan de reconstrucción a escala monumental para Berlín. Después de Roma, le dijo a Speer que no había que construir pensando en el presente, sino en el día de mañana. Quería crear monumentos que con los siglos se convirtieran en elegantes ruinas para que mil años después de la creación del Reich, la humanidad pudiera seguir admirando los símbolos de su poder.

Hitler halló una inspiración similar en Florenca, la capi-



tal artística de Italia. En ella, en el reducido conjunto de edificios que fueran cuna de la Italia renacentista, se encontraba el corazón cultural de Europa. Las banderas nazis ondeaban al viento, los ciudadanos gritaban vítores, pero lo que a él le impresionaba era el arte. Pasó más de tres horas en la Galería de los Uffizi, observando embelesado sus célebres obras de arte. Tras él, Mussolini, que en su vida había pisado un museo por iniciativa propia,<sup>1</sup> murmuraba exasperado: «*Tutti questi quadri...*» («Todos estos cuadros»).<sup>2</sup> Pero Adolf Hitler no tenía prisa.

De joven había soñado con convertirse en artista y arquitecto. Su sueño quedó frustrado cuando un comité de supuestos expertos, que en su opinión debían de ser judíos, rechazaron su solicitud de ingreso en la Academia de Bellas Artes de Viena. Pasó una década predicando en el desierto, hundido en la miseria y viviendo poco menos que en la calle. Hasta que por fin se le reveló su auténtico destino: no había sido llamado a crear, sino a reconstruir. A expurgar para después recomponer. A convertir Alemania en un imperio, el mayor que el mundo hubiera visto. El más fuerte, el más disciplinado, el de más pura raza. Berlín sería su Roma, pero un verdadero artista-emperador necesitaba una Florencia. Y él sabía dónde construirla.

Menos de dos meses antes, el 13 de marzo de 1938, Adolf Hitler había depositado una corona de flores sobre la tumba de sus padres en Linz, Austria, su ciudad natal de adopción. La tarde antes, el 12 de marzo, había visto cumplirse una de sus grandes ambiciones. Él, que en el pasado había sido despreciado y ninguneado, había cruzado de Alemania, a la que ahora gobernaba, a su Austria natal, que acababa de ser anexionada al Reich. En todas las ciudades, la multitud lo aclamaba al paso de su convoy y se agolpaba en torno a su coche. Las madres gritaban de alegría al verlo; los niños le lanzaban flores y alabanzas. En Linz fue recibido como un héroe conquistador, el salvador del país y de la raza.

A la mañana siguiente, se vio obligado a permanecer en

Linz. Se habían averiado tantos camiones y tanques del convoy alemán que la carretera de Viena había quedado totalmente bloqueada. Se pasó la mañana maldiciendo a sus comandantes por haberle arruinado el momento, por haberlo puesto en evidencia ante su pueblo y ante el mundo. Sin embargo, esa tarde, solo en el cementerio, con los soldados y los curiosos a una distancia prudencial, sintió caer de nuevo sobre él la hora de la verdad, como un águila que se precipita desde los cielos para cazar un pez.

Lo había conseguido. Aquél no era sólo un hijo doliente arrodillado ante la cruz de hierro de su madre. Era el Führer. Y a partir de ese día, también el emperador de Austria. No tenía por qué bajar la cerviz ante la imagen de las caóticas industrias levantadas a la vera del río; podía reconvertirlas. Podía dotar de dinero y de prestigio a aquella pequeña ciudad industrial hasta que superase en preeminencia a Viena, esa ciudad de aire judío (pero al mismo tiempo violentamente antisemita) a la cual despreciaba.

Es posible que aquel día se acordara de Aquisgrán. Durante mil cien años, la ciudad, sepulcro de Carlomagno, emperador del Sacro Imperio Romano y fundador del primer Reich germánico en el año 800, había pervivido como monumento a la gloria de aquel hombre. Sobre sus antiguos fundamentos, Carlomagno construyó una sede imperecedera para el imperio, con su centro en la magnífica catedral de Aquisgrán. Adolf Hitler remodelaría Berlín siguiendo el patrón de Roma, pero la reconstrucción de Linz, ese páramo rural de fábricas y humo, habría de realizarse según sus propios designios. No se trataba sólo de un sueño; tenía poder suficiente para dejar un testimonio perdurable de su férreo liderazgo y su espíritu artístico. Dos meses más tarde, en la Galería de los Uffizi de Florencia, vio con claridad cuál era el destino de Linz: convertirse en el centro cultural de Europa.

En abril de 1938, Hitler había empezado a considerar la idea de un museo de arte en Linz, un espacio donde almacenar la colección personal que venía reuniendo desde los años

veinte. La visita a uno de los epicentros del arte occidental le demostró que aquel proyecto pecaba de modesto. Linz no tendría simplemente un museo; remodelaría el frente de la ciudad junto al Danubio hasta convertirlo en un distrito cultural como el de Florencia, sólo que con amplias avenidas, sendas peatonales y parques; hasta el último detalle estaría medido y controlado. Haría edificar un teatro de la ópera, un auditorio, un cine, una biblioteca y, por supuesto, un colosal mausoleo que albergara su tumba. No muy lejos de allí, en el centro de todo, se erigiría el Führermuseum, su catedral de Aquisgrán particular, el mayor, el más imponente y espectacular museo de arte del mundo.

El Führermuseum. Ése sería su legado artístico. Así se resarciría del rechazo padecido en la Academia de Bellas Artes de Viena. Con él daría forma y sentido a la purga de obras de arte «degeneradas» de los judíos y los artistas modernos, a sus museos, como la Haus der Deutschen Kunst (Casa del Arte Alemán) de Múnich, el primer proyecto público financiado por su gobierno, las grandes muestras anuales destinadas a la elevación del pueblo alemán, a su defensa del coleccionismo de arte entre las élites nazis y a su empeño, a lo largo de una década, por hacerse con una colección de arte de primera fila. Se había pasado la vida buscando la pureza y la perfección artística. El Führermuseum, creado a partir de obras maestras del mundo entero, daría una justificación a esa búsqueda.

Los mecanismos para hacerse con esas obras estaban en marcha. En 1938 había expurgado ya el estamento cultural alemán. Había reescrito las leyes, privando a los judíos de su ciudadanía y confiscando sus colecciones artísticas, su mobiliario, todas sus posesiones, incluidas las cuberterías de plata y las fotos de familia. En ese preciso instante, mientras él se prosternaba ante la tumba de su madre en su segundo día como gobernante de Austria, las tropas de las SS, bajo el mando de Heinrich Himmler, se valían de esas leyes para arrestar al patriarcado judío de Viena y confiscar sus propiedades en nombre del Reich. Las SS sabían dónde se escon-

dían las obras de arte; tenían listados de todo. Años antes, los expertos en arte alemanes habían empezado a visitar varios países europeos, confeccionando inventarios secretos para que cuando Hitler conquistara cada país —en efecto, la conquista venía preparándose desde muy atrás— sus agentes conocieran ya el nombre y la localización de todas las obras con valor cultural y artístico.

Durante los años siguientes, a medida que su poder y sus territorios crecieran, esos agentes irían extendiéndose como tentáculos. Penetrarían en todos los museos, búnkeres, torres y salones para comprar, trocar, requisar y coaccionar. Las expropiaciones por motivos raciales del líder nazi Alfred Rosenberg acabarían derivando en una operación de expolio; la ambición insaciable del Reichsmarschall Hermann Göring terminaría desembocando en una maquinaria explotadora. Hitler emplearía las nuevas leyes, *sus* leyes, para reunir las grandes obras europeas y expedirlas a la madre patria. Una vez ahí, se apilarían en almacenes hasta el día en que pudieran ser expuestas en el museo más extraordinario del mundo. Hasta entonces, se irían inventariando en voluminosos catálogos para que tal vez, en un futuro no tan lejano, Adolf Hitler, al término de una larga jornada gobernando el mundo, pudiera relajarse en casa y, junto a su fiel perro y una taza de té, elegir, de entre la mayor colección artística jamás reunida, *su* colección, unas pocas y selectas piezas para alegrarle el día. En los años venideros, Adolf Hitler volvería sobre el proyecto una y otra vez. Iría repasándolo mentalmente hasta que, con la ayuda de Albert Speer, Hermann Giesler y otros, el Führermuseum y el distrito cultural de Linz —los símbolos de su espíritu artístico— se convirtieran en una idea factible a partir de la cual proyectar un plano arquitectónico de seis metros de largo y, por último, una maqueta a escala lo bastante grande como para llenar una estancia entera, en la que estarían representados todos los edificios, puentes y árboles que crecerían y prosperarían bajo sus poderosos auspicios.

26 de junio de 1939

*Carta de Hitler al doctor Hans Posse dándole instrucciones para supervisar la construcción del Führermuseum de Linz*



ADOLF HITLER\*

OBERSALZBERG. MM 26. Juni 1939

Ich beauftrage Herrn Galeriedirektor  
Dr. Hans Posse, Dresden, mit dem Aufbau des neuen  
Kunstmuseums für die Stadt Linz/Donau.

Alle Partei- und Staatsdienststellen  
sind verpflichtet, Herrn Dr. Posse bei Erfüllung  
seiner Aufgabe zu unterstützen.

Encomiendo al doctor Hans Posse, director de la Galería de Dresde, la edificación del nuevo museo de arte de Linz-Danubio. Requiero a todo el Partido y a los servicios del Estado para que asistan al doctor Posse en el desempeño de su cometido.

Adolf Hitler